

¡Salud mental para todos!... No, gracias, elijo mi deseo

Carlos Leobardo Jaimes-Díaz¹

Resumen: El presente texto aborda las implicaciones de la salud mental en el marco del neoliberalismo. Por tanto, se busca reflexionar desde una contraposición que el psicoanálisis puede ofrecer. La reflexión se ofrece desde tres coordenadas distintas. Primero, en la que se sitúa la teoría freudiana como una crítica a la cultura; segundo, una breve mención al saber antifilosófico del que se sirve el psicoanálisis y finalmente, se establece una referencia para poder pensar en la crítica a la idea de salud mental.

Palabras Claves: *Neoliberalismo, capitalismo, salud mental, capitalismo, psicoanálisis.*

Abstract: *This text addresses the implications of mental health within the framework of neoliberalism. For that reason, the aim is to reflect from a contrasting perspective that psychoanalysis can offer. The reflection is offered from three different perspectives. First, Freudian theory is situated as a critique of culture; second, a brief mention is made of the anti-philosophical knowledge used by psychoanalysis; and finally, a reference point is established for considering the critique of the idea of mental health.*

Keywords: *Neoliberalism, capitalism, mental health, capitalism, psychoanalysis.*

Pensar en la salud mental dentro del ámbito del neoliberalismo es, por sí mismo, tomar una postura que puede jugarse desde la crítica y subversivo, pero también desde la necesidad de un marco referencial distinto, quizá un poco desde

¹ Licenciado en psicología y maestro en filosofía de la cultura. Ambos por la UMSNH.
Correo electrónico: leobardo.jd@gmail.com

aquel que el psicoanálisis puede ofrecer. De esta manera, lo que aquí se propone es tomar un posicionamiento ante lo que el anverso exige y requiere, desde el cual es replantear una postura contraria al de una ideología hegemónica determinista en el marco neoliberal; una que no se juega desde el parámetro, sino desde lo marginal y laminar.

Dicho lugar busca ofrecer una alternativa a los discursos positivos y psicologizantes que enmarcan al sujeto en la categoría de lo indivisible, donde marcan su responsiva, aislada y cerrada del padecimiento producto de los sistemas ideológicos y de explotación que han tomado su asidero desde distintos referentes, como lo han sido los filosóficos y de ciertos saberes *psi*; lugar que demarca, determina y sitúa pautas muy específicas para efectuar las condiciones propia de la subjetividad de quien se rinde a sus instancias y discursividades como los efectos de su propia dominación; mismos que, por demás, cabe resaltar, son el producto del sistema de explotación capitalista.

En dicho sentido, asumir la existencia de una salud mental desde el marco referencial del capitalismo y, más en específico, desde el neoliberalismo es suponer que ésta proviene por efecto de antonomasia de una condición óptica del individuo; una que le es propia y debe de apostar por su cumplimiento, por su realización, por una obligación del *bienestar* al máximo sentido de la postulación del imperativo kantiano.

Así, afirmar que el neoliberalismo propone y presupone las determinaciones y linderos de aquello que debe asumirse como salud mental y, a lo cual, el sujeto debe de rendir sus tribulaciones y servidumbre es considerar que las demarcaciones y territorialidades son determinadas por una serie de discursos muy específicos, insistentes y alienantes a los cuales, aquellos que se encuentran bajo su influjo, han de subsumir. Una similitud con aquello que en su momento Marcuse proponía respecto al sentido de libertad. Tradición enmascarada por la fundación de una filosofía burguesa y capitalista, desde la cual el mismo Marcuse (1971) afirma que

en tanto que la razón libre del hombre tenga que unirse con el mundo empírico de la necesidad, la libertad se ve hipostasiada como un acontecimiento atemporal: sólo podrá ejercer su causalidad sobre el mundo empírico si el mundo no tiene ningún efecto en ella (p. 24).

Entonces, si la libertad ha resultado una mascarada ideológica, lo mismo se puede decir respecto al sistema que lo que los ideólogos han denominado globalización y que desde su efectuación determinan las coordenadas situadas en un Estado de bienestar que apostilla parámetros y discursividades de aquello denominado salud mental.

Al respecto, Bourdieu (1999) refiere que la globalización es un mito. La afirmación remite a pensar que si se ha hablado tanto de ella como consecuencia inexorable del marco económico capitalista es porque han existido una serie de posicionamientos coludidos con la ideológica hegemónica ofreciendo sus bastiones para articular teóricamente lo que, según ellos, parece ser inevitable, donde “han intervenido intelectuales, periodistas y hombres de negocios, para imponer como obvia una visión neoliberal que, en lo esencial, viste con racionalizaciones económicas los presupuestos más clásicos del pensamiento conservador de todas las épocas y todos los países” (Bourdieu, 1999, p. 44).

En este sentido, la propuesta que Bourdieu rescata es aquella que se encuentra del otro lado, en su anverso, en la que se piensa que la globalización se presenta como un ardid teórico al cual hay que analizar para poder generar un marco referencial desde el cual se logren ubicar coordenadas para poder situar una resistencia, incluso, una alternativa. De esta forma, si la propuesta de Bourdieu apuesta por denunciar la falsedad de la globalización como estrategia que se funda en un saber teórico, en sintonía se puede asegurar que lo mismo ocurre en el ámbito de la salud mental: ésta es un invento ideológico del sistema neoliberal capitalista.

El neoliberalismo convierte no sólo los objetos en elementos propicios para el consumo, sino que también lo hace con las ideas, los conceptos, haciendo de la salud mental un elemento que debe de ser consumido por las personas inmersas

en ese ámbito. De esta manera, si la salud mental es un objeto consumible, las condiciones para que ello ocurra implican determinar un correlato dado desde múltiples campos y saberes que lo avalaran, ya sean estos desprendidos de algunas disciplinas *psi* o de diversas áreas de la salud (la medicina, por ejemplo, entendiendo a ésta como una práctica social)

En este sentido, la psicología positiva, aquella que sirve a la ideología capitalista y neoliberal determina, con sus prácticas, discursos y marcos referenciales los parámetros de lo que debe de ser la salud mental. De esta forma, el resguardo que encuentra como una sobredeterminación de su propio saber, intenta asirse de una tendencia cientificista donde todos los aspectos del individuo deben de ser medibles y comprobables. Así, los padecimientos y malestares que aquejan al sujeto se convierten en descompensaciones electroquímicas, cuestiones de actitud ante las eventualidades del día a día. En resumen, la operatoria de la psicología positiva a través de sus prácticas termina reduciendo la serie de elementos que obedecen a marcos estructurales a meras cuestiones individuales. Al respecto Pavón-Cuellar sugiere que “la psicología sirve a la dominación al ser útil para la adaptación. La función adaptativa de la psicología parece no ser más que una función secundaria subordinada a la función primaria dominadora” (2022, p. 49).

Ante tal premisa, lo que aquí se propone se articula en tres momentos. El primero de ellos se funda en el correlato de las postrimerías del siglo XIX que ha visto nacer al psicoanálisis, fundando así un saber escudriñado en los márgenes de lo que se determinaría como un posicionamiento de la subjetividad del siglo XX. El segundo de ellos, estriba en el sentido de las diatribas que el psicoanálisis, en especial aquel que se dice lacaniano, pudo suponer como una lectura de la condición social a partir de situar un malestar constituyente de la subjetividad. Finalmente, se sitúan algunas coordenadas para posicionar una crítica a la noción de salud mental que es determinada y auspiciada desde el neoliberalismo.

Freud, crítico de la cultura y subjetividad

La invención del psicoanálisis es pensar en su doble articulación histórica. Primeramente, el recorrido teórico que Freud establece para la formulación de su método y teoría a lo largo de bastantes años, desde donde se precisa, puntualmente, como un evento coyuntural en tanto la determinación de su propia historia y desarrollo; segundo, las condiciones de producción social y política que permiten su emergencia en un momento en el que la alienación del individuo se hace más recalcitrante, generando una mayor angustia en éste (Parker, 2024) como consecuencia del desarrollo del modelo capitalista e ideológico.

Ambos elementos precisan el hecho de que el psicoanálisis emerge en una relación con el modo de producción capitalista y, por tanto, la forma de leer la historia de cada uno de los pacientes se vuelve respondiente a ello. Así, Freud se anticipa a las consecuencias de esta forma de proceder cuando, en 1908, refiere que las formaciones de los síntomas y las psiconeurosis se vuelven correlativas a las formas de dominación cultural. Es decir, lo que Freud revela es que el carácter del padecimiento es consecuente a las consignas ideológicas de la cultura misma. La conclusión que se extrae de ello puede resumirse de la siguiente manera: lo emergente del síntoma, así como la forma que toma éste, devela un sentido doble en su relación con el momento histórico en el cual se produce: primero, el trabajo (psíquico) que se requiere para su formulación, supeditado a las condiciones de clase social, la producción de la fantasía y la relación con la sexualidad; segundo, la subjetividad que la cultura y el modo de producción capitalista transforma a partir de las formas de satisfacción que ofrece, pero también que prohíbe. En una sintonía muy similar, dirá Starobinski (2016, p. 17): “desde la perspectiva del enfermo, como también desde el punto de vista del médico, la enfermedad es un hecho cultural, y cambia con las condiciones culturales”.

Ahora, si el psicoanálisis emerge en una situación muy puntual, pero también muy convulsa, sus precisiones, de igual forma, corresponden a determinaciones clínicas, psiquiátricas y ortopédicas en el trato a las mujeres históricas, el dominio

del cuerpo y las prácticas sexuales que se encuentran dispuestas y orquestadas por las ideologías patriarcales, normativas y dominantes, pero con la excepción de que

el psicoanálisis postuló una concepción nueva y esencialmente posaxial del individuo. De acuerdo con esta concepción, los estímulos de la sociedad o la cultura que el individuo recibe no son directamente registrados, sino que primero se disuelven y se reconstituyen internamente de manera que adquieren significados personales e incluso idiosincráticos (Zaretsky, 2017, p. 30).

En este aspecto, la idea que mantiene Zaretsky (2017) implica que la formulación del psicoanálisis en el capitalismo, presupone, a su vez, una incidencia en el mismo modo de producción. De esta forma, la invención freudiana vendrá a consolidar lo que el autor denomina la vida íntima, desde la cual, a partir de la explicación de las instancias psíquicas la consolidación se articulaba como una nueva forma de la subjetividad. Tal aspecto marca una nueva tendencia en las relaciones de la alienación, en la cual el sujeto lo está doblemente; por un lado, aquella que hace referencia a su cuerpo en relación con la venta de su fuerza de trabajo como mercancía; segundo, la alienación que se consolida en la subjetividad en cuanto tal en su relación con el deseo, el inconsciente y el rasgo unario. De esta manera, será el mismo Zaretsky (2017, p. 49) quien afirma que el psicoanálisis “influyó profundamente en el nuevo espíritu del capitalismo del siglo XX gracias a sus conexiones íntimas, e incluso subterráneas, con la ética protestante, y sobre todo porque en general se apoyó en una nueva base de masas, la vida personal”.

Por tanto, lo emergente del psicoanálisis, aunque respondiente al modo de producción capitalista, de igual forma ha de instaurarse como una suerte de resistencia desde la cual la lectura, análisis y explicación de la lógica del síntoma ha de efectuar un develamiento de aquello que no funciona, de lo que marca una falla y consolida un anverso de la explotación misma en el seno de lo social, en su consistencia y relación con el sujeto de la clase opresora y oprimida: burgueses y proletarios. Tal aspecto puede pensarse en palabras de Pavón-Cuellar (2022) cuando refiere que

por un lado, la elucidación freudiana del inconsciente de la histeria nos descubre un retorno sintomático del cuerpo sexuado reprimido en el espíritu sentimental burgués; y, por otro lado, que la clarificación marxista de la consciencia de clase nos revela un retorno igualmente sintomático de la vida psíquica reprimida (p. 86)

Sin embargo, aunque esto presupone una forma de articulación crítica respecto al modelo capitalista, así como a las implicaciones de la alienación, tanto psíquica como social, Parker (2024), por su parte ve en ello un problema, en tanto que el psicoanálisis es “una llave para abrir algunos aspectos de la sociedad capitalista, pero también es la cerradura, parte de la misma sociedad a la que da una visión crítica” (p. 37).

En este sentido, la problemática que visualiza Parker (2024) prefigura la oposición social en el marco capitalista desde el cual el psicoanálisis emerge y, por tanto, de acuerdo al autor, la relación al sufrimiento centrado en el sistema capitalista se establece desde una coordenada dada en el sistema mismo. Es decir, algo que puede extraerse de la reflexión de Parker (2024) es el hecho de que el mismo sistema capitalista vuelca la responsabilidad del sufrimiento en el individuo mismo, enajenándolo en su supuesta individualidad. Si el individuo sufre, él mismo tiene que encontrar los mecanismos para aliviar su malestar; el individuo es quien debe hacerse cargo de sí mismo asumiendo que si el sufrimiento le es propio, por tanto, es él quien también tiene *los recursos* para afrontarlo (la resiliencia, la autoexigencia de ser una *mejor versión de sí*). Nada más equivocado si esto es pensado bajo la aseveración de Pavón-Cuellar (2022, p. 49): “el individuo adaptado es un sujeto derrotado y dominado”.

Ahora que, si el individuo mejor adaptado, el que está más alienado es aquel que se vanagloria desde una posición imaginaria respecto a sí mismo, es también aquel que niega el carácter de lo comunitario y, por tanto, es más idóneo para el sistema capitalista. Por supuesto que, atender al sentido de la alienación, en especial a las formas en las que ésta se presenta, de acuerdo con Parker (2024), es precisar una lógica de funcionamiento del sistema mismo. Sin embargo, el

psicoanálisis ha demostrado que la alienación nunca es completa, que muchas de las veces existen resquicios que escapan a tales mecanismos. Elementos que se vuelven inaprensibles, desde los cuales se puede pensar un carácter meramente resistencial (en su doble sentido: como es pensado en la clínica y, la resistencia como un elemento que ha de presentarse en su dimensión política).

Parker (2024) advierte que el psicoanálisis no está ahí para hacer funcionar al sistema, sino para poder movilizar alternativas en el marco de la subjetividad, las luchas sociales y políticas, para hacer surgir, asimismo, aquellos aspectos que, primero como síntomas y, luego como acto, pueden aclarar y movilizar al sujeto en relación a su malestar, sobre todo si esto si es articulado bajo la premisa de que “la normalidad, por lo tanto, implica de alguna manera nuestra enajenación”, como ya lo ha sugerido Pavón-Cuellar (2022, p. 51), y que el psicoanálisis permite un movimiento subversivo ante dicha eventualidad.

La posición que Parker (2024) visualiza, en relación a un psicoanálisis resistencial, lo lleva a determinar que la acción que éste pueda realizar en el contexto de un capitalismo cada vez más atroz y que posibilita la misma producción de sí mismo en cuanto su permanencia es la de una posición radical y, además, política. De esta manera puede pensarse que el hacer del psicoanálisis, en tanto discurso y práctica, se ha de consolidar como un elemento de resistencia, pero también como una eventualidad sintomática. Es decir, si el capitalismo naciente, aquel que se desprende de la ética protestante, ha permitido el surgimiento del psicoanálisis, puede hacerse la lectura de que éste surge como un síntoma social que develaba los intrincados aspectos ideológicos del modo de producción capitalista para, posteriormente, tomar una diatriba contracapitalista.

Por supuesto que tomar tal posicionamiento implica asumir que el psicoanálisis, en esa postura radical y política, a la vez sea crítico consigo mismo, para no sucumbir a la seducción ideológica y hegemónica del capitalismo. El psicoanálisis debe de resistir a la voracidad capitalista y abrir nuevas condiciones para la vida, aquellas que no sean desde la alienación del cuerpo y el deseo en el ámbito ideológico y, mucho menos, de la explotación misma.

Psicoanálisis y su saber antifilosófico

En su *Introducción a la antifilosofía* (2001), Jorge Alemán presenta una relación de lo que supone una forma de articular una crítica a los modos en los que se presenta y produce el pensamiento filosófico, no desde su emergente eventualidad histórica, sino desde los avatares que han supuesto sus modelos de elaboración conceptual. Por supuesto que para poder centrar la discusión de lo que conllevaría la condición del prefijo anti, primeramente, habría que retomar cierta idea sobre lo que supone entender y repensar la pregunta sobre qué es la filosofía. En dicho sentido, abordar tal cuestionamiento, al menos como lo piensan Deleuze y Guattari conllevaría a asumirlo como una tarea muy necia, una pregunta que se formularía “a la media noche, cuando ya no queda nada que preguntar” (2019, p.7).

Más allá de dar propiamente una respuesta, los autores centrarán la reflexión en tanto las *tareas* sobre las que la filosofía se ha encargado, como lo sería la elaboración de conceptos y el problema de los Universales. Precisarán, asimismo, que “la filosofía, con mayor rigor, es la disciplina que consiste en *crear* conceptos” (Deleuze y Guattari, 2019, p. 11), por lo que si el filósofo es quien los crea, de esta forma se sitúa en la relación con el mundo sobre el cual lo elabora, produciendo, además, una forma del sentido que se anticiparía como condición de una Verdad; por supuesto que a ello bastaría ponerlo en una forma de encuentro con la décimo primera tesis sobre Feuerbach propuesta por Marx (2022): “los filósofos sólo han interpretado diversamente el mundo, lo que importa es transformarlo”.

Es entonces que, si la filosofía se encarga de la elaboración de conceptos para dar cuenta del mundo casi a la manera de una explicación, sea esta metafísica, fenoménica, ontológica, etcétera, la cuestión estribaría, asimismo, en que lo único que se produce es discurso, no una manera de intercepción. De ahí que estas formas de producción de verdad sean relativas, lo que supondría, de acuerdo con Badiou (2016), que no se distinguirían de las opiniones. Sin embargo, si el filósofo es aquel sujeto que *crea* conceptos, su postura estaría sostenida en un saber vacuo, interpelando un decir de lo particular para asumir un referente de lo universal,

anulando el rasgo diferencial que podría pensarse desde el concepto mismo en su acaecer flexivo.

Ahora, en lo concerniente a los universales, Deleuze y Guattari (2019) considerarían que estos no es que por sí mismos logren concretar una explicación, sino que a su vez deben de ser explicados; posición que, de igual forma será planteada y presentada por Badiou (2010) en relación a entender a la filosofía como tetraédrica, ya que cuando él asume que ésta es un constante descontento en el momento en que se enfrenta con el mundo y cómo es; otra condición sería el de uso de la lógica, la creencia en el poder del argumento y la razón; luego se encontraría con la cuestión de la universalidad, en la medida de que la filosofía se dirige a todos los hombres en tanto seres *pensantes* y presupone que todos los hombres piensan y, finalmente, se encontraría el riesgo: pensar es siempre una decisión sometida a las circunstancias y al azar.

El ejemplo que puede desprenderse de ello es el famoso *cogito* cartesiano, del cual sería justamente la razón y la dimensión del pensamiento lo que dotaría una forma del sentido, siendo ahí que la tradición inaugurada por Descartes trazaría las directrices de la filosofía en general, tocando otras formas de saberes, como el caso de las disciplinas *Psi* y, sobre todo, será a partir de ese momento que surge el sujeto de la Modernidad, sujeto que será retomado por el discurso de la ciencia, no solamente por la filosofía y, agregaría, del capitalismo. En dicho sentido, el sujeto cartesiano será, de igual forma, aquel que le permitirá al discurso psicoanalítico fundar una nueva forma de la concepción de éste.

Por supuesto que, si es a partir del sujeto cartesiano que la cuestión de la crítica, así como el de la argumentación ha supuesto interpelar una relación con ese concepto fundado por Descartes, es, al mismo tiempo, una circunstancia que remitiría a la condición de la sustancia como un elemento de la exterioridad, y con ello suponer que la filosofía se ha encargado de asumir la existencia de ésta casi de una forma *a priori*. No obstante, aunque dicho sujeto se ha colocado como un centro en el pensamiento occidental, será con Lacan que su constitución en tanto

saber filosófico será puesto en duda, así, dirá: “no soy allí donde soy juguete de mi pensamiento; pienso en lo que soy, allí donde no pienso pensar” (2007a, p. 484).

Por otro lado, con Descartes y su *cogitación* de igual forma se funda un pensamiento moderno, el cual, a su vez, estaría fuertemente criticado por Freud, como ya lo ha afirmado Alemán (2021). Ahora, si el psicoanálisis, al menos en una primera instancia con Freud, quien se anduvo con cautela, y, luego con Lacan en su cinismo, la referencia auspiciada por la filosofía misma permitió establecer un punto de referencia desde el cual la dimensión del saber presentó un cambio de vías en tanto su elaboración.

En este sentido, ahora sí podría retomarse la cuestión de la antifilosofía propuesta por Alemán (2021) en la medida de que su consolidación permite un acaecer que rompería y criticaría la condición misma de verdad. En la filosofía sería el filósofo quien elabora conceptos y determina las condiciones de la verdad en tanto la exterioridad misma, mientras que en el psicoanálisis la dimensión y el estatuto que tomaría la verdad sería desde su relación con el saber, fundado, por supuesto desde aquello que no se podría contener en cuanto tal.

Finalmente, si el psicoanálisis ha elaborado un intricado aparato conceptual y ha supuesto la forma de bordear esa exterioridad, o mejor dicho, de ese real, no sin razón Alemán (2001) supondrá que “o el psicoanálisis no es nada más que el comentario permanente, inagotable y lúcido, de un impase, o el psicoanálisis toca algo de lo real”, ya que, primero Freud desde su teoría pulsional y, luego Lacan con sus registros, matemas y estructuras topológicas, serán quienes intentaran desmantelar la misma forma de la producción de un saber que asumió la condición inherente del Real mismo.

Crítica a la idea de salud mental neoliberal

Mucho se ha dicho sobre la condición del psicoanálisis hoy en día. Se afirma, dirán algunos autores, que éste se encuentra obsoleto, que ya se ha superado, que no es científico. Sin embargo, estas posiciones y aseveraciones revelan un efecto simple: si tanto es el hecho de buscar afirmar su improcedencia y lo anticuado, así

como su fundamentación anacrónica y su arcaísmo, la misma crítica lo reafirma en un constante devenir presente. Aún más, el psicoanálisis no tiene por qué entrar dentro de la idea de progreso, ya que como en su momento lo ha afirmado Lacan (2007), donde se gana en un lado, en otro se ha perdido. En este sentido, una propuesta que pueda elaborarse desde el discurso mismo del psicoanálisis permite asumir que su teorización se legitima en tanto su práctica y es por ello que hay que plantear la interrogante ¿Qué puede hacer el psicoanálisis en la actualidad? Sobre todo, si es que puede arrojar luz a eso que los críticos, los disciplinarios del campo *psi* han determinado como salud mental.

En este sentido, su quehacer puede suponerse en el doble efecto de su afirmación como negatividad. Primero, su creación teórica posibilita reflexionar sobre los malestares culturales que parasitan al sujeto que habita la cultura. Segundo, al poder determinar una causa de la subjetivación que, dentro de su consolidación misma, conlleva un sentido de análisis que se enfoca en ubicar al sujeto en una posición distinta a la llamada normalidad. De ahí que, como considera Pavón-Cuellar (2022): “la normalidad implica de alguna manera nuestra enajenación” (p. 51) y, por consiguiente, puede determinarse como un elemento que se juega en la negatividad misma de lo que la positividad ha determinado como salud mental.

Por tanto, si el psicoanálisis moviliza una nueva forma de abordaje de la subjetividad, ésta se encontraría en una teorización axial a partir de desmontar una serie de saberes de la individualidad dispuestos por alguno de los discursos *psi*. Es decir, aquello que se ha supuesto como un saber en el orden teórico, enmarcado en la positividad psicológica que, confluye a que el individuo sobre el que se teoriza quede alienado a esa forma de abordaje abstracto, lo que determina su forma de actuar, su conducta, su manera de proceder en tanto que debe de acatar la normativa a la que se encuentra sujeto. Sin embargo, tal aspecto sólo puede ser pensado y entendido como un elemento que sirve a las ideologías de explotación capitalista y neoliberal.

Entonces, si el neoliberalismo, a través de la condición ideológica, convierte el aspecto de la salud mental en una mercancía, la cual se ofrece como un producto de consumo logra establecer la ilusión del *bienestar*, haciéndolo deseable para el sujeto que el mismo sistema de opresión ha enfermado. Lo que puede decirse de la siguiente manera: el neoliberalismo produce la enfermedad y el sufrimiento para después vender a un alto costo la cura.

No obstante, la idea neoliberal de salud mental se construye meramente como un concepto abstracto, renegando las condiciones materiales de lo emergente del malestar mismo. Es decir, si la proposición del bienestar emocional, la salud mental, la superación personal, como discursos anversos al del síntoma, el sufrimiento, la depresión y la ansiedad, se establecen meramente como referentes teóricos producidos por una psicología positiva, coludida con discursos psiquiátricos no pueden dar cuenta de la realidad fáctica en la que el sujeto se encuentra. No toman en cuenta los aspectos mismos de la explotación y enajenación, ya que tales discursividades no sólo omiten dichos elementos, sino que los hacen aún más coercitivos, más peligrosos, más poderosos y que reducen los aspectos de la subjetividad a meras cuestiones orgánicas, individualizando el malestar mismo. De esta forma, como ya lo ha pensado Pavón-Cuellar, una de las funciones de la psicología es la de reducir toda condición a lo indivisible, al individuo.

En este sentido, hay que recordar que, si el psicoanálisis ha emergido en el seno del desarrollo capitalista, es ahí justamente donde consolida el encuentro de dos *mundos* aparentemente separados: la mente y el cuerpo. Elementos que los saberes psicológicos insisten en dividir. En este sentido, el psicoanálisis confluye en una forma de monismo, casi a la manera de proceder del marxismo, en donde el cuerpo no es distinto de las determinaciones de la psique. Por tanto, si el marxismo pudo descifrar las condiciones por las cuales el cuerpo se ponía en juego, determinando una lógica a la que quedaba dispuesto en el marco de la explotación capitalista, en donde el obrero vendía su fuerza de trabajo físico en tanto mercancía, el psicoanálisis en paralelo logró determinar que el trabajo

también se realiza psíquicamente, con las implicaciones que se jugaban, de igual forma, en el cuerpo, en la lógica del síntoma, en el trabajo del sueño y el chiste, así como los gastos de energía pulsional.

Así, la determinación y análisis que, tanto marxismo como psicoanálisis, han establecido en cuanto a las lógicas de producción (mercancía, síntoma, trabajo, etcétera), de igual forma han permitido establecer una lógica de análisis y reflexión en el carácter histórico, social y cultural, tanto de su formación emergente, como de la subjetividad misma del obrero o la mujer histórica. Por consiguiente, en palabras de Pavón-Cuellar (2022, p. 94) se podría afirmar que “lo que se expresa en el psicoanálisis no es la esencia universal ahistórica del psiquismo, sino su crisis histórica en el mundo occidental moderno” (2022, p. 94).

En este sentido, las teorizaciones e investigaciones que el psicoanálisis realiza a través de las fantasías inconscientes y los padecimientos sintomáticos, permiten develar un núcleo ideológico que establece su emergencia en el sufrimiento mismo del sujeto. Por tanto, si el psicoanálisis se formula al interior del desarrollo capitalista, hoy en día cuando éste toma una fuerza abrumadora, una lógica de consumo y producción mortífera, es tarea doble del psicoanálisis hacerle frente. Primero haciendo manifiesta dicha lógica enajenante y alienadora, sobre todo en aquello que se ha denominado como salud mental; luego, posibilitar un trabajo que haga resistencia al sistema de producción capitalista.

Entonces, el psicoanálisis puede asumirse como una potencia liberadora ante el yugo de la opresión ideológica que el capitalismo ha presupuesto. De esta manera, la propuesta, al menos como lo ha considerado Ian Parker (2024), implica pensar a éste como radical. Por consiguiente, su acción no puede ser menos que una política libertaria ante las hegemonías y regímenes opresivos y de explotación; más aún, una subversión que se juega desde el deseo mismo del sujeto.

Referencias bibliográficas

- Alemán, J. (Julio de 2001). La introducción a la antifilosofía. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana*, (2). <http://www.eol.org.ar/virtualia/>
- Badiou, A. (2010). *La filosofía, otra vez*. Errata naturae.
- Badiou, A. (2016). *La filosofía frente al comunismo. De Sartre a hoy*. Siglo XXI editores.
- Bourdieu, P. (1999). *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Anagrama.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2019). *¿Qué es la filosofía?* Anagrama.
- Freud, S. (2006). *La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna*. En, O. C. Vol. IX. Amorrortu.
- Lacan, J. (2007). De nuestros antecedentes. En Lacan, J., *Escritos I (73-80)*. Siglo XXI editores
- Lacan, J. (2007a). La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud. En Lacan, J., *Escritos I (473-509)*. Siglo XXI editores.
- Marcuse, H. (1971). *La agresividad en la sociedad industrial avanzada*. Alianza.
- Marx, K. (2022). *Las tesis sobre Feuerbach*. Academia.edu. https://www.academia.edu/42897078/Las_Tesis_sobre_Feuerbach_de_Karl_Marx_Nueva_traducci%C3%B3n_castellana_basada_en_la_nueva_Marx_Engels_Gesamtausgabe_Por_Carlos_Benda%C3%B1a_Pedroza
- Parker, I. (2024). *Psicoanálisis radical y acción anticapitalista*. El diván negro.
- Pavón-Cuellar, D. (2022). Marxismo, psicoanálisis y crítica de las funciones de la psicología (37-56), en García, R. E., Moncada, L., Hernández, R. y Márquez, E. F. (coord.) (2022). *Psicología, psicoanálisis y pensamiento social ante la crisis de la cultura*. Paradiso.
- Pavón-Cuellar, D. (2022). *Sobre el vacío*. Paradiso.
- Starobinski, J. (2016). *La tinta de la melancolía*. FCE.
- Zaretsky, E. (2017). *Freud: una histórica política del siglo XX*. Paidós.